

DEMOCRATIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CHILENA

Democratización de la sociedad chilena

PANELISTAS:

Moderador: Carlos Vergara, ex director SUR

Sergio Micco, director Centro de Estudios para el Desarrollo (CED)

Gabriel Salazar, investigador SUR

CARLOS VERGARA

Los participantes en este panel son Sergio Micco, joven talento de la democracia chilena, director del CED; y a mi izquierda, como siempre, el profesor Gabriel Salazar, gran y querido amigo y maestro.

Antes de darle la palabra a los panelistas, quería hacer algo que no son ni comentarios ni reflexiones, sino casi anécdotas. La primera tiene que ver con esta casa. Para los tiempos del golpe de Estado, el año 73, esta casa y la del lado eran la sede de la Flacso, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. En ese tiempo, el secretario general de la Flacso —lo que hoy se podría denominar el director ejecutivo— era un economista que se llama Ricardo Lagos, y que hoy día es Presidente de la República. Los primeros días después del golpe, esta casa realmente refugió a mucha gente y alojó el germen de una resistencia y de un apego muy grandes a los valores humanistas y democráticos. Aquí, coordinada por Ricardo Lagos, se hizo una colecta de dinero para financiar pasajes de mucha gente que debía salir con algún apuro. Entre otros cotizantes de ese fondo se encontraba Fernando Enrique Cardoso; y entre los que estaban refugiados ahí, en un altílo en la casa del lado, estaban Fernando Calderón y José Serra, que hoy es candidato a la presidencia en Brasil. Así, esta casa es portadora de mucho simbolismo, tanto por el cultivo de lo que fueron en su época desarrollos importantes de las ciencias sociales, como por el compromiso que se asumió en su momento con la defensa de los derechos humanos, y una voluntad muy importante e inquebrantable de recuperar la democracia.

La segunda, llamémosle reflexión a falta de un mejor nombre, se refiere a ese momento en 1987 cuando todo hacía presumir que habría un plebiscito, en el cual se iba a decir sí o no a la permanencia de Pinochet por otros ocho años en el poder. En ese entonces, formamos un proyecto entre tres instituciones: el CED —los antecesores de Sergio Micco—, el ILET, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, y SUR. Esa agrupación, conocida por su sigla, CIS, funcionó como un equipo técnico-político para la organización social y política destinada a ganar el plebiscito. Me tocó dirigir ese proyecto, y debo reconocer lo que fue una enorme apuesta estratégica de Cebemo, que lo financió: lo apoyó con recursos, en el entendido de que recuperar la libertad, la democracia, era esencial a la dignidad de las personas; que no todo era —digámoslo así— proyectos micro, proyectos más exitosos o menos exitosos; que la dignidad de la gente tenía que ver con variables más amplias, tenía que ver con el contexto político en el cual se mueve. En ese entonces, el financiamiento a una proyecto de esa naturaleza era, tanto para nosotros como para Cebemo, algo bastante audaz. Afortunadamente, la

cooperación existió. La comunidad de valores y de ideales se mantuvo y, si uno tuviera que evaluar el proyecto, diría que tuvo un buen final.

SERGIO MICCO

Director Ejecutivo del Centro de Estudios para el Desarrollo (CED)

Soy Director Ejecutivo del CED de la última generación, y sé el apoyo que recibió mi institución en los años ochenta. Sé que, además, eso le costó muy caro a Cebemo en su país de origen; causó una cierta controversia interna, porque —como señaló Carlos Vergara— era un proyecto académico, pero con una orientación política; en este caso, una resistencia democrática a un régimen dictatorial.

Quisiera partir por exponer, en un acto muy posmoderno, mi subjetividad. Estoy muy desgarrado por mi condición de hombre público y de hombre privado. Estuve hasta las dos de la mañana con unos amigos que hace quince años atrás eran dirigentes estudiantiles, que ahora están en cargos de gobierno, y que estaban viendo cómo enfrentar la corrupción y la cesantía al mismo tiempo. Luego de eso, lamentablemente tengo tres hijos enfermos, uno de los cuales llegó a las tres de la mañana a mi cama, y a las seis me incrustó su pie en la cara reclamando su papa matutina. Y de ahí en adelante no dormí más, así que estoy bastante cansado.

Además, estos temas de democratización de la sociedad me incomodan mucho, y ése es el segundo desgarró que quiero plantear ante ustedes. Porque, ¿en qué calidad vengo a hablar? ¿Cómo actor o como analista político? En verdad, soy las dos cosas; más bien, me considero un político disfrazado de académico, y ello más por razones de necesidad que de vocación. Por lo tanto, voy a partir como analista político, pero terminaré como político.

Como analista político, me preguntaría cómo está la consolidación de la democracia en Chile. En este terreno, creo que uno tiende a cometer el error de no aclarar bien de qué está hablando. Porque, evidentemente, una persona que tiene una concepción elitista, representativa, de la democracia, va a tender a ponerle nota 5 o 6 a la que tenemos en Chile. Pero los partidarios de una democracia más radical, más participativa, le pueden poner un 3 o un 4. Es decir, cuando comparan la realidad chilena con un cierto marco teórico, algunos contrastan nuestra situación con la de Argentina, Perú o Bolivia; otros, con la de 1973 o 1988, y encuentran que estamos un poquito mejor, o un poquito más mal. Entonces, según sean los puntos de comparación, nuestras evaluaciones van a ser muy distintas.

A fines de los años noventa, hubo dos grandes estudios que impactaron enormemente la actividad propiamente política: los de Guillermo O'Donnell y Leonardo Molino. El profesor Molino planteaba que las consolidaciones democráticas exitosas podían ser evaluadas a los diez, doce años de producirse la instauración democrática, que era el momento cuando se producía la elección del pueblo en torno a dos legitimidades: el autoritarismo o la democracia. Según él, era necesario tener en mente cinco grandes procesos para evaluar el grado de consolidación democrática:

Primero, el mantenimiento del compromiso democrático puesto en marcha; es decir, la manera como se desarrolla, se mantiene y recrea la legitimación democrática. Veamos si la gente, y particularmente las elites políticas principales, consideran digno de apoyo activo el régimen político democrático, y tendremos el primer indicador de si la consolidación democrática es exitosa o no.

Segundo, el respeto a la legalidad, el mantenimiento del orden público, el que las leyes y las decisiones estatales se cumplan. En Chile, obviamente el tema central era el control tanto de los grupos armados partidarios del autoritarismo que podían seguir existiendo, como de procesos de terrorismo de distinto tipo.

Tercero, una variable crítica: la neutralidad política o neutralización política de los militares. Esto es, convencerlos —por la buena o por la mala— de que los militares no deberían irrumpir más en el espacio político.

Cuarto, en cuanto a las condiciones socioeconómicas, tanto Leonardo Molino como Guillermo O'Donnell planteaban que la clave no era que los sindicatos y las organizaciones campesinas apoyaran la democracia; la iban apoyar de todas maneras, por una razón de sobrevivencia. La clave eran los grupos empresariales. Recuerdo que O'Donnell decía que en estos verdaderos procesos de ajedrez político, el rey era el ejército, la reina era la propiedad privada, y a ninguno de los dos había que tocarlo mucho.

Por último, el rasgo principal radicaría en el papel de los partidos políticos. Normalmente, plantean estos autores, los partidos políticos jugaban un rol muy poco relevante en los procesos de gatillamiento de las liberalizaciones políticas. Acá, efectivamente, la liberación política del 82, 83, partió por el movimiento social, estudiantil, sindical. Pero luego, en la medida en que se consolida un sistema político, los partidos políticos democráticos se van haciendo cada vez más importantes para la consolidación de la democracia.

Doce años después del fin del régimen militar, y teniendo este marco teórico, se podría decir que existe en Chile una institucionalidad básicamente democrática. Hay reductos autoritarios que, a mi entender, no alteran la esencia de un régimen político democrático: la mayoría de los adultos tiene derecho a voto; las autoridades ejecutivas y legislativas se componen y eligen mayoritariamente en elecciones libres, competitivas y limpias; tenemos libertades públicas, libertades cívicas, etcétera. Pero en esto inmediatamente aparece la primera y gran insuficiencia: hasta el día de hoy, nuestra instauración democrática es incompleta. Tenemos enclaves autoritarios que no hemos podido eliminar, y todo indica que no vamos a eliminar. En el debate sobre las reformas constitucionales, ya nadie discute que senadores designados más, senadores designados menos. Con los actuales quórum en torno a las reformas constitucionales, no vamos a tener un sistema político institucional plenamente democrático, lo que constituye un primer déficit muy importante.

En segundo lugar, podría decirse que el proceso de puesta en marcha de la institucionalidad democrática ha sido muy exitoso. Y ello no solamente porque no ha habido involuciones autoritarias. Además, la violencia política es un dato marginal; los desbordes de la institucionalidad de parte de las Fuerzas Armadas se han controlado; ya hemos elegido democráticamente cuatro parlamentos, tres gobiernos municipales, tres presidentes de la República. Hay, entonces, una puesta en marcha de la institucionalidad democrática; y en esto mi concepto de democracia es *político*; es decir, las autoridades ¿son elegidas a través de elecciones limpias, regulares y pacíficas? ¿Sí o no? Sí. Entonces tenemos un régimen político democrático. Ése es el concepto de democracia política que estoy utilizando. Pero aquí inmediatamente aparece el segundo gran problema: una muy aguda tendencia a la disminución de las opiniones favorables al régimen político democrático; y una fuerte despolitización, que es muy negativa.

Al reiniciarse la democracia, la gente que se manifestaba de acuerdo con la afirmación de que el gobierno democrático estaba manejado por unos cuantos intereses, era el 39 por ciento; hoy día, esa cifra ha subido a 82 por ciento. En la actualidad, tan sólo un 0,9 por ciento de los jóvenes chilenos participa en un partido político; sólo a 10 por ciento le gustaría participar; más de 69 por ciento de los jóvenes no está inscrito en los registros electorales. Yo vi morir a un joven a metros mío cuando luchábamos en la Universidad de Concepción por recuperar la democracia, y ese joven estaba luchando por recuperar el derecho a voto. Hoy día hay un millón doscientos mil jóvenes a los que no les interesa ni siquiera inscribirse en los registros electorales, y que son unos campeones para reclamar derechos individuales. En abril, en mayo, los vamos a ver pidiendo crédito fiscal para cuatrocientos cincuenta mil

estudiantes universitarios. Y lo que es muy grave, el 39 por ciento de los jóvenes que se inscriben son de los sectores altos, y en mucho menor grado lo hacen los jóvenes de sectores bajos. Es por eso, además, que se está formando la impresión de que en las nuevas mesas de inscripción electoral, los jóvenes están votando por la derecha. Hoy día, además, los jóvenes valoran menos la democracia. Un 51 por ciento dice que es un sistema político como cualquier otro, contra un 48 por ciento que cree que el sistema político democrático es superior. Y si el 43 por ciento de los jóvenes se identificaba en 1994 con la Concertación —que es el gran sujeto democratizador en este período, el principal—, hoy día solamente el 16 por ciento lo hace. ¿Significa eso que los jóvenes se hayan inclinado a la derecha? No: el 70 por ciento de los jóvenes simplemente ya no adhiere a ningún partido ni tendencia política. Hay un problema grueso de legitimidad de la democracia política.

Podemos decir, entonces —desde un punto de vista político, que es el que yo manejo—, que tenemos una institucionalidad democrática que ha avanzado muchísimo: sin duda alguna estamos mucho mejor que el año 90; sin duda alguna, lamentablemente, estamos mucho mejor que en otros países hermanos en América Latina, y desde muchas perspectivas. Pero también existen déficit muy serios. Tenemos enclaves autoritarios muy fuertes. Han disminuido la participación política y la legitimidad de la democracia, vistas a través de los indicadores de opinión pública mencionados: después de doce años de democracia, tenemos el mismo porcentaje de gente organizada en la sociedad civil que el que teníamos en 1964, es decir, antes del gran proceso de democratización social. Y hay un tercer déficit: tal como lo plantea Guillermo O'Donnell, en América Latina tenemos instituciones políticas formalmente democráticas, pero la gente sabe muy bien que esto es todo un gran fraude, porque el juez no es el que decide de acuerdo con el Derecho, ni es el parlamentario el que decide de acuerdo a la voluntad popular. Hay poderes ocultos que están gobernando este régimen político. El gran déficit ha sido el papel del Estado en la economía, y con esto paso a hacer mi alegato político y a terminar mi exposición.

¿Por qué este malestar de los actores políticos democráticos hoy día? ¿Por qué el malestar de los que nos reuníamos en el Centro de Estudios para el Desarrollo, en SUR, en ILET en los años ochenta, cuando eran seiscientas las ONG que pugnaban por la democracia y los estudiantes protestaban por el crédito fiscal, pero también por más democracia? Yo creo que la hipótesis es bastante sencilla: es porque hemos perdido el oriente, estamos desorientados, estamos bastantes confundidos. ¿Dónde queda el norte del señor elector? Cuando ingresamos a la política en los años ochenta, la tarea era bastante clara: era democracia. Nuestras primeras protestas eran por los derechos humanos y la libertad. Pero también quiero recordar que la crisis socioeconómica del año 82 catapultó las protestas del 83 y el proceso de movilización política que antecedió a la transición de los años 83-88. Las largas columnas de opositores que, recuerdo, gritaban “pan, trabajo, justicia y libertad”. Recuerdo la Demanda de Chile, que firmamos todas las organizaciones sociales de Chile: crédito fiscal, mejoras de salario, trabajos de calidad, defensa de los colegios profesionales y sus facultades éticas, virulentos ataques a la capitalización individual en AFP e isapres. Hasta algunos dirigentes de los camioneros se nos unían para repactar las deudas. Sentíamos que Alfonsín nos había representado en su famoso discurso de 1983 en Rosario: se acaba la dictadura militar, se acaba la inmoralidad y la prepotencia, se acaba el miedo y la represión, se acaba el hambre obrera, se acaban las fábricas muertas, se acaba el imperio del dinero sobre el esfuerzo de la producción; basta de ser extranjero en nuestra propia patria; argentinos, vamos a volver a ser dueños del país, la Argentina será de su pueblo, nace la democracia y renacen los argentinos.

Ésa era también la demanda de Chile. Es decir, junto con la demanda política, había y hay una fuerte voluntad de cambio social. “La alegría ya viene” era el fin del miedo, pero también el comienzo del reencuentro con nuestros sueños personales y comunitarios. “Gana la gente” era el fin de la sociedad de

los privilegios basados en la riqueza, en el apellido, en la raza o en la clase social, y el comienzo de una comunidad de iguales en que el mérito personal, y sólo el mérito personal, separaría a unos de otros.

Y el año 2002... Argentina llora. ¿Qué nos enseñó el dolor de Alfonsín? Que la democracia exige un manejo económico impecable, y no sólo derechos humanos y libertades públicas. Nos decía la ciencia política norteamericana que a las democracias pobres les costaba mucho consolidarse. El año 1979 fueron Perú y Ecuador los que iniciaron su camino a la democracia, y nosotros, los chilenos, fuimos los últimos en llegar. Los chilenos vimos el fracaso de los planes australes y cruzados, y bajamos muchas banderas de cambios sociales. Además, la derecha representó el 43 por ciento de los votos y controló en el Senado; Guzmán venció a Lagos, binominal mediante; el gran empresariado nos veía con mucha desconfianza y las clases medias votaban por nosotros, pero se habían retirado de las protestas el año 86, y no estaban para cambios muy radicales. El Partido Comunista, con su intento tiranícida e internación de armas, nos dividió muchísimo. Augusto Pinochet nos observaba desde la Comandancia en Jefe del Ejército con el puño debilitado, pero aún dispuesto a golpear. Don Patricio Aylwin, Carlos Ominami, Alejandro Foxley nos lo indicaron: giro había hacia la economía abierta de mercado, y "sí" dijimos todos.

Año 2002: Chile ha avanzado, pero parece que no está muy feliz. Y la Concertación está bastante desconcertada. Por cierto, aquí la democracia se respira —repito que la concepción de democracia que estoy manejando es política—. Quiero insistir en esto: las libertades públicas se respetan, los derechos civiles y políticos han vuelto al patrimonio de cada chileno y chilena, la herencia republicana ha sido recuperada; dos millones de pobres salen de su pobreza gracias al crecimiento económico de una década de 6 por ciento y el apoyo del Estado; los hogares chilenos crecen en su ingreso en un 46 por ciento; el presupuesto de la educación se multiplica por tres, y el de la salud por dos; un tercio de los jóvenes chilenos puede acceder hoy día a la educación superior; estamos entre los 35 países con mayor desarrollo humano. Entonces, los autoflagelantes —entre los que me ubico— parecen bastante masoquistas e inconformistas.

Bien, está muy bien. Pero si usted vive en un hogar cuyo promedio de ingresos es 190 mil pesos y quiere pasar a tener ingresos que le permitan una vida sin muchas angustias —digamos, unos 500 mil pesos al mes— deberá esperar nada menos que 25 años con un crecimiento económico del 6,6 por ciento a la actual tasa de distribución de ingresos; y eso si sigue contando con el apoyo del Estado. Pero ya sabemos que no vamos a crecer al 7 por ciento. Entonces el problema no es solamente cesantía real o la que amenaza. A eso sume que somos el país número 72 en el Índice de Desarrollo Tecnológico, en la sociedad del conocimiento. Agregue que la diferencia entre el quintil más rico y el más pobre es sobre quince veces, mientras en Alemania, cuyo modelo de economía social y ecológica de mercado decidimos imitar, la diferencia es de poco más de cinco veces. Al final de cuentas, va a terminar con que nuestra democracia es de las menos valoradas en América Latina. Aún no hacemos la reforma que hará a nuestras instituciones políticas representativas de todos: de las mujeres, los hombres, los jóvenes, las minorías étnicas, las corrientes ideológicas.

Pues bien, no somos felices. Y la autocomplacencia es un crimen de lesa majestad entre nosotros, los de la Demanda de Chile del año 86. Sí, es cierto que hoy día De la Rúa llora; llora también Duhalde. Les dijeron que con inflación cero, privatizaciones a granel, desregulaciones bárbaras, como lo hacen los argentinos, buena cara siempre con Estados Unidos y confianza en los grandes inversionistas extranjeros, las cosas irían bien. Pero no. Sin una buena política, nada perdura; sin justicia, no hay sociedad que resista. Podríamos hacer muchos ajustes fiscales más, pero sin una mayoría de políticos que suban a la altura de los estadistas, y una mayoría de economistas que recuerden que no se puede

vivir con 300 mil pesos mensuales ni menos esperar veinte años viendo cómo se va la vida de uno y de los hijos, todo estará perdido.

Por lo tanto, simplemente quisiera terminar con invocar los sueños, los sueños de la Demanda de Chile del año 86 actualizada. Mirar menos la dirección del recetario liberal anglosajón, y más la economía abierta de mercado a la alemana, francesa, holandesa, austríaca y sueca. Me conformo con el modelo alemán, el sueco me parece excesivo. Esas democracias son las más civilizadas del mundo, y han sido construidas por socialdemócratas y socialcristianos.

Amigos míos, la democracia es una tarea inacabada. Bienvenido sea. Nos quedan unos treinta años más de lucha. El futuro es nuestro.

GABRIEL SALAZAR

Investigador SUR

Yo también opero como académico; específicamente, como historiador; más específicamente, como historiador social de Chile. Y detrás de este escudo, que de repente se convierte también en alabarda, opero no como político en el sentido de *la* política convencional, sino como ciudadano, que es otra manera de hacer política. Y en función de eso, quisiera referirme ahora a las reflexiones que se me han ido produciendo desde el momento en que se me invitó a participar en este debate o en esta conversación respecto del tema de la democratización de la sociedad chilena hoy; con ese apelativo final: hoy.

Pensando en ello, se me ocurrió, en primer lugar, que la expresión ‘democratización’ es, en primer lugar, una palabra; forma parte, en este país, del lenguaje culto; pertenece al léxico de los caballeros; configura el típico código nuestro de buenas intenciones. No es un término que encontremos en el lenguaje vulgar, no es un término que se esté utilizando todos los días en los sectores populares. Y ‘democratización’, en tanto término perteneciente al lenguaje culto, tiene una definición clara, unívoca. Nos entendemos caballeramente en eso. Pero como uno es historiador, no puede quedarse en el léxico. Tiene que bajar a los procesos históricos, y ahí descubre que los procesos históricos llamados también ‘democratización’ no son necesariamente unívocos, ni son necesariamente cultos; no tienen univocidad culta, en última instancia, sino al contrario: son muy diversos, son muy distintos, son muy cambiantes y son muy difíciles de asir como concepto final.

Qué observa uno, por ejemplo, mirando nada más que la historia de Chile, sin mirar ningún otro país ni tampoco otras latitudes. Lo que vemos es que aquí en Chile ha habido distintos tipos de democratización; hay, por ejemplo, democratización ‘por abajo’, por llamarla así: procesos sociales, ciudadanos, con deliberación, con ejercicio de soberanía, con afanes de construcción de Estado, no de subordinación obediente y peticionista al Estado; con afanes de —como se dice hoy día— *producir realidad social*. Procesos de ese tipo ha habido en la historia de Chile. Un ejemplo es el que intentaron los pipiolo después de echar abajo la dictadura de Bernardo O’Higgins; o el intento de democratización que realizaron los llamados “igualitarios” en los años cuarenta, siglo diecinueve; o los movimientos mancomunales a comienzos del siglo veinte; o todos los que propendían a desarrollar el poder popular a fines de los sesenta, comienzos de los setenta, etcétera... Es interesante destacar que estos movimientos de democratización ‘por abajo’, como dice Habermas, con diálogo horizontal, con deliberación, con capacidad de decisión, con participación auténtica —porque hablamos de participación cuando se construye la realidad, no cuando nos ponemos a la cola de decisiones que toman otros—, todos estos casos de democratización en Chile, si ustedes lo recuerdan, terminaron en una violenta represión militar. El año 29, el 51, el año 25 hasta el 31, y ni hablemos del 73: represión militar. Más aún, esta represión, que en muchos casos fue acompañada por más de la mitad de la clase política civil, se hizo bajo la idea de que se estaba reprimiendo lo que se ha llamado —y en Chile es un concepto muy presente, que hay que tener constantemente en mente cuando hablamos de democratización— un ‘enemigo interno’. Las Fuerzas Armadas chilenas siempre han actuado con la idea de que en Chile, dentro de la nación, había otro pueblo, un pueblo enemigo: los subversivos en la época de Recabarren; los comunistas y ‘humanoides’, en los setenta; y hoy día, los terroristas. En la historia de Chile, las fuerza armadas siempre han intervenido no para integrar a toda la nación, sino para reprimir al enemigo interno en favor de la otra mitad o la otra facción. Han sido golpes faccionalistas los que han puesto término a estos procesos de democratización por abajo.

Pero también ha habido en la historia de Chile democratizaciones ‘por arriba’; “democratizaciones” — entre comillas— que se han hecho bajo el amparo de los fusiles o después de que han pasado —o se han paseado— por el país los fusiles. Es la “democratización” que hizo Diego Portales después de que el ejército de Joaquín Prieto barrió con los pipiolos; es la que hizo Alessandri después de que se barrió con la FOCh, por ejemplo, con la FECh, con los movimientos sociales de esa época; y —digámoslo con todos sus nombres— la que amparó Pinochet después del año 90: democratización por arriba. Si ustedes se fijan, un poco más que democratización es normativización, legalización, poner un revestimiento legal a un orden *de facto* establecido por la vía de los hechos, sin concurso real de toda la soberanía nacional. No hay que confundir democratización con normativización. No hay que confundir democratización con legalización. No hay que confundir legitimidad auténtica que proviene de la participación ciudadana en la construcción del Estado, con la legitimación que se deriva de una ley establecida de cualquier manera. Ha habido democratizaciones por arriba; y ahí se cree que poniendo en términos de ley lo que ha sido un orden *de facto*, nos estamos democratizando. Y eso ha conducido regularmente a devolver el derecho a voto a los ciudadanos y, en consecuencia, los partidos reaparecen sobre la aparente base democrática; pero el mecanismo electoral no es el mecanismo de la soberanía, ni es un mecanismo de participación real.

Hay, por tanto, democratizaciones por abajo, que en Chile las ha habido, y todas reprimidas. Ha habido democratizaciones por arriba, y todas han triunfado; todas han triunfado político-militarmente o militar-políticamente, para ser más preciso en el orden, y ésta es la verdad.

Podríamos decir también que hay democratizaciones difíciles y democratizaciones fáciles en la historia de Chile. Democratizaciones difíciles son las que emprenden, por lo común, las masas populares, de repente las clases medias, saliendo a la calle a pecho descubierto para enfrentar a las Fuerzas Armadas, a la policía o los regímenes autoritarios; para abrir la jaula —la jaula autoritaria, militar, dictatorial—, tal como lo hicieron en su mayor parte los jóvenes pobladores en la década de los ochenta para abrir la jaula de Pinochet; o como lo hicieron los llamados “liberales rojos” —así se les llamaba en la época de 1850, 1860— para acabar con el régimen autoritario de Manuel Montt, heredero del régimen autoritario de Portales. Son democratizaciones difíciles, como lo hicimos en los ochenta, a nombre de la libertad; a nombre de, por lo menos, la posibilidad de votar. Todas ellas han tenido costos en vidas, costos sangrientos, enormes. Las masacres que han tenido lugar en estas democratizaciones se recuerdan apenas y, por lo común, el realismo político exige que se olviden rápido. Ésa es una democratización difícil tipo A, difícil por el costo.

Hay una democratización difícil tipo B, a la cual quiero referirme más adelante, porque creo que es bueno extenderse un poco más en lo que podríamos llamar las democratizaciones fáciles. En Chile ha habido varias democratizaciones fáciles. Todas ellas se han producido en la apertura que han generado los movimientos sociales que han enfrentado a pecho descubierto el régimen autoritario. Ahí, en ese espacio, en esa apertura se han colocado los políticos, por lo común profesionales, para establecer una legalidad sin violentar las decisiones fácticas del poder anterior; para dar lugar a una democracia formal, una democracia estrictamente legal, no una que implique soberanía real; una democracia legal y que puede alcanzar niveles de desarrollo y una sofisticación notables en el texto de la ley, dentro de lo que puede entenderse como un sistema político representativo y liberal. Y tenemos un ejemplo enorme: lo que ocurrió a partir del año 1938 hasta el 73: ¡cuánto avanzamos, cuánto se avanzó en términos de sofisticación democratizadora a partir de la cáscara dura que generaron los regímenes autoritarios de los años veinte! Porque la Constitución del 25 nunca fue democrática por origen: se dictó al amparo de un golpe militar; la redactó Alessandri, voluntarista y brutalmente, por sobre la comisión que él mismo designó a dedo el año 25. Son sus ideas las que reflejó esa Constitución, que en definitiva era liberal.

Nunca fue democrática en sentido estricto, nunca fue desarrollista en sentido estricto, nunca fue populista en sentido estricto, menos aún socialista. Fue liberal; es obra de Alessandri, que actuó como verdadero árbitro, o un dictador civil, en el período en que se dictó. Después se votó, se llamó a plebiscito —dentro de la ley marcial, hay que recordarlo— y se aprobó con un 57 por ciento de abstención ciudadana. Esa Constitución política, obra de un político civil, fue exactamente lo contrario de lo que los movimientos sociales aprobaron por sí mismos como Constitución política, autoconvocándose espontáneamente el año 1925, en el mes de marzo. Yo siempre recalco esto, porque siempre se ignora; no está en ningún texto de historia, no está en ningún texto escolar, no está en la memoria de los chilenos, no está en la cultura política de los chilenos el hecho de que entre el 8 y el 15 de marzo de 1925, los movimientos sociales se autoconvocaron para dictarle al país una nueva Constitución política y se reunieron en el Teatro Municipal, durante una semana, 2.400 delegados. Fue inaugurada la sesión por una mujer de 22 años que proclamó a grito pelado —porque no había micrófono en esa época— la necesidad de que la nueva Constitución acogiese plenamente todos los derechos de la mujer, en un plano de igualdad con el hombre, llevándose un aplauso extraordinario en la asamblea y generando una electricidad ambiental que se contagió a los miles de personas que estaban afuera del teatro. Es la única asamblea constituyente legítima, soberana y ciudadana que ha tenido este país. Y el producto de esa Constitución, de ese acuerdo constituyente, nunca ha sido revelado. Recordaré de ella dos o tres cosas rápidas, porque es larga: no al Estado unitario centralizado, sí al Estado federal con descentralización y municipalización del poder; abolición de la clase política civil; Estado económico, social, con representantes de las fuerzas productivas; eliminación de las Fuerzas Armadas, su reemplazo por milicias ciudadanas, etcétera. La Constitución de Alessandri de 1925 fue exactamente la antítesis de esto y, por tanto, frustró a todos sin excepción. A todos los movimientos sociales, no sólo a los obreros, no sólo a los estudiantes, no sólo a los profesores. También a los ingenieros, que en esa época todos trabajaban en el Estado y pensaban que había que industrializar el país. También a las clases medias, que en ese momento estaban viviendo una crisis.

Ahora bien, la democratización de ese Estado liberal es todo el proceso que va desde el año 1938 hasta 1973. Se trató de democratizar el Estado en un sentido social, en un sentido desarrollista, en un sentido populista, forzando el texto de una Constitución liberal. De ahí que ese Estado se llenara de prótesis, que había que crear vía el Poder Ejecutivo, y engordar todas las dependencias del Poder Ejecutivo para poder desarrollar una política industrializadora, desarrollista, populista. Y ahí nacieron la Corfo (Corporación de Fomento de la Producción), el Banco del Estado, posteriormente la organización de la Reforma Agraria, y suma y sigue: toda una burocracia pensada en un tipo de desarrollo dentro de un Estado cuyo contexto constitucional era exactamente lo contrario. Una especie de contradicción interna gigantesca, y nadie se atrevió a reformar la Constitución, Ningún gobierno se atrevió a reformar la Constitución en el sentido del nacional-desarrollismo, del nacional-populismo. Incluso, antes de morir el presidente Ríos le dijo a González Videla, “tiene que reformar el Estado, porque si no reforma el Estado, no va a poder desarrollar sus programas, no va a poder implementar sus programas de desarrollo”. Qué le dijo González Videla a Ibáñez, qué le dijo Ibáñez a Alessandri, qué le dijo Alessandri a Frei; el mismo Frei, qué le dijo a Allende: “reformar el Estado, porque si no reforma el Estado, usted no puede aplicar los programas que ha recogido de la voluntad popular”.

¿Cuál fue el resultado de esa democratización desde un Estado liberal, desde la cáscara que dejaron los dictadores en los años veinte? Lo que todos conocemos. Las democratizaciones fáciles se caracterizan porque aplican reformas edulcorantes, endulzadoras, pero no resuelven el problema fundamental. Por eso, a muy poco andar, generan en su interior la necesidad de una segunda democratización. ¿Por qué Carlos Vergara o yo —yo más que Carlos, porque soy más viejo que él— sentimos que por los años cincuenta y sesenta, pese a todo, ni el populismo, ni el electoralismo, ni el desarrollismo ni la Corfo, ni

ninguno de los partidos, estaba generando un real desarrollo económico, social y democratizador del país? ¿Por qué la generación de jóvenes del 68 se descolgó para otro lado? ¿Por qué exigió profundización de la democracia? ¿Por qué se sintió revolucionaria? En ese tiempo no hablábamos como se habla hoy día, en términos elegantes, ese lenguaje culto que escuché ayer, que he escuchado en muchas partes: “estamos viviendo un período de incomodidad”, “los demócratas sentimos hoy una cierta incomodidad”; el PNUD planteó la cuestión como “malestar privado”. Son términos que recogen y no recogen, dicen y no dicen: elegancia. En los años sesenta no hablábamos de eso. La incomodidad tenía nombres y apellidos muy claros y específicos.

Yo creo que hoy día estamos viviendo una democratización fácil. Para mí, la transición que se inició aquí en el CIS fue una transición que avanzó hacia una democratización fácil, y se enredó en los problemas propios de una democratización fácil. Y hoy día ya estamos sintiendo los síntomas y las contradicciones que nos hacen pensar que hay que luchar ahora por una segunda democratización, que no puede ser igual que la primera. Y ésta es la democratización difícil tipo B, que es tal vez la más difícil de todas. La democratización difícil tipo B no es aquella que tiende a construir un Estado a como dé lugar: a este Estado que construyeron los militares se le pone encima un revestimiento legal, pseudo-democrático, y quedamos contentos. Una democratización difícil tipo B no apunta a construir Estado de cualquier modo; apunta a construir sociedad civil, y eso sí que es difícil. Hoy día hablamos mucho de sociedad civil, hablamos mucho de ciudadano. Y el punto es: ¿tenemos una sociedad civil madura, con capacidad de ejercer por sí misma su soberanía y, por tanto, de establecer una verdadera y auténtica democracia y hacerse cargo de una democratización tipo B? Éste es el punto clave que, creo, debería ser el centro de esta conversación. La pregunta es: ¿existe en Chile una sociedad civil capaz de hacer esto? ¿Existe en Argentina una sociedad civil? El espectáculo de la sociedad argentina revela el problema en su total naturaleza: los argentinos en la calle, los argentinos gritando, los argentinos tocando cacerolas, los argentinos tirando piedras, los argentinos saltando, los argentinos gritando como locos... Es un intento desesperado, estrambótico, por intentar ser soberano, sin poder serlo. Una sociedad civil a la que por décadas y siglos se ha entrenado para seguir detrasito a la clase política, militares y civiles; que cuando debe ser soberana, no sabe serlo y hace cualquier cosa grotesca... Tal vez en Chile estemos un poquito más avanzados; pero, yo diría, ¿hasta qué punto? Porque lo que sabemos hacer, es lo mismo: salir a la calle, gritar, patear, cantar, levantar el puño, decir arengas, pero todo detrás de nuestras vanguardias, detrás de nuestros representantes, en apoyo al Estado, en apoyo a la legalidad. Yo no sé qué es más penoso: si los argentinos saltando en la calle a nombre de nada, ni de ley ni soberanía; o nosotros siempre inclinándonos respetuosos ante la legalidad, siempre agarrados al único derecho soberano — que nunca ha sido soberano, por lo demás—, el único derecho que nos han dejado estas Constituciones políticas: el derecho a petición.

Estamos viviendo una fase en que tenemos que plantearnos el gran tema de una democratización tipo B: una democratización que ponga de pie a la sociedad civil, que restablezca la soberanía; que realmente construyamos un Estado, un mercado y una sociedad conformes a lo que realmente se necesita.

Con respecto a qué estamos haciendo nosotros, profesionales, ONG, agencias internacionales, agencias de solidaridad internacional... Si uno mira la historia, está clarísimo: en los años ochenta, las ONG, los profesionales, nos paramos en dos pies por la democratización difícil, y las agencias internacionales nos apoyaron. Pero cuando se inició la transición, un gran número de profesionales se fue por la democratización fácil y —no podemos negarlo— gran parte de las ONG de ese tiempo hoy día son gobierno; gran parte de los profesionales de ese tiempo, hoy día están dirigiendo este Estado que — como decía recién Sergio Micco— tiene mucho de vestuario externo democrático. Por algo están

contentos los militares, por algo está más contenta aún la UDI: porque le están administrando lo que debía administrar ella.

¿Cuál es el rol de las ONG de aquí en adelante con respecto a esta segunda democratización? ¿Cuál es el rol de las agencias solidarias internacionales con respecto a esto? ¿Es que las agencias internacionales tiene que retirarse de estos procesos no bien se inicia o no bien madura la democratización fácil? ¿Quiénes tienen que hacer la segunda democratización? ¿Quiénes, si las ONG hoy día estamos, de un lado, dependiendo de los fondos del Estado neoliberal y de la democratización fácil; y del otro, de fondos internacionales que se retiran del país; y frente a una masa ciudadana que esperó mucho de nosotros y que ahora está medio desilusionada? Por supuesto, uno dice: la democratización tiene que hacerla la sociedad civil misma. Entonces uno se pregunta quiénes pueden ayudar a eso, quiénes pueden potenciar eso, cómo se puede instrumentalizar eso. Y hay varias alternativas: ¿los partidos políticos? Y las encuestas —las encuestas en las poblaciones— dicen no. ¿La Iglesia? Es la Iglesia la que dice no. ¿Acaso los municipios? Todos sabemos que los municipios están viviendo una especie de esquizofrenia interior espectacular, sobre todo los profesionales que están a contrata, porque no tienen ni siquiera un contrato permanente. ¿Acaso las ONG, o acaso las organizaciones sociales propiamente tales, o la organización de ciudadanos? Y uno descubre que las encuestas dicen que la gente confía más, uno, en las organizaciones sociales; dos, en las ONG; tres, en los municipios; y en último lugar, en los partidos.

Si en los años ochenta, en los noventa, el trabajo por la democratización partió de una alianza entre las ONG y las masas populares, para la segunda democratización, ¿cuál puede ser la alianza? ¿Hasta qué punto estamos en condiciones de apoyarla? ¿Cómo tiene que ser, además, la coordinación de los nuevos rebeldes para actuar positivamente en la construcción de esta nueva democracia? En otra época nos asociamos; allí estaba el Estado, estaban nuestras vanguardias metidas en el Estado; nos asociamos de manera convergente, unidireccional, centralizadamente hacia el Estado: organización leninista, partido de masas, como se quiera. En otras épocas se decía “hay que coordinarse horizontalmente, hay que federarse, asamblea con asamblea, coordinación con coordinación, redes, redes y redes, y luego piramidamos hacia arriba”: Rosa de Luxemburgo, soviet... Bien se sabe cómo la ley de hierro de las oligarquías destruyó esas pirámides, y esa forma desapareció.

¿Cómo tiene que ser hoy día la coordinación de los grupos, de las organizaciones sociales que van a iniciar esta democratización por abajo? Está claro: redes. Pero, ¿y hacia arriba, que es la gran pregunta que me hacen todo el tiempo los estudiantes? ¿Cómo totalizamos la cuestión? Está claro que no puede ser la organización centralizada leninista. Está claro que no puede ser tampoco la asociación federativa piramidada. Lo que todo el mundo tiende a hacer, es rebotar en una cúpula superior, global —información, recursos y contactos—, para de alguna manera uniformar el movimiento en su conjunto, e intercambiar información, recursos, contactos...

Y yo me pregunto ¿cuál es el rol que en eso jugarían las agencias de apoyo internacionales, si están retirándose de los lugares donde se está iniciando el proceso de democratización por abajo? ¿Cómo tendrían que actuar las ONG, si se sabe que están traspasando la soberanía y la acción hacia las propias organizaciones sociales?

Con eso termino. Son preguntas que nacen del historiador, que continúan por el ciudadano, y se sabe que tanto la historia como los ciudadanos que se sienten soberanos son insolentes, son provocativos. Muchas veces es bueno considerar lo que se planea también a partir de esa perspectiva.

INTERVENCIONES

Teresa Lastra, Fundación Margen

El gran tema actual —como decía Gabriel Salazar— es de qué manera nuestra sociedad civil en América Latina toma distancia de ese Estado que ha burocratizado la democracia, y participa en la construcción de una democracia real. Y en esa perspectiva, cuál es nuestro rol como ONG, como profesionales, como intelectuales o como actores sociales, en los procesos de democratización de la sociedad. Yo creo que ese papel es el fortalecimiento de la sociedad civil, de manera que se haga capaz de ejercer un control ciudadano, una fiscalización ciudadana de las políticas sociales o políticas públicas implementadas por el Estado. Y ello con una condición de autonomía —de autonomía, no de independencia—, en el sentido de poder establecer una interlocución con los burócratas o con los funcionarios del Estado o con el gobierno de funcionarios; una interlocución de respeto y de reconocimiento en términos de la idea de ciudadanía. Ser ciudadano es también verse con respeto uno al otro; es respetar no solamente aquello que fuimos, aquello que hicimos por la vuelta a la democracia y la consolidación de ella, sino aquello que somos hoy día.

Me cansa un poco este continuo apelar al pasado, y por eso estoy de acuerdo en que hay que hablar de procesos de democratización hoy. Eso es lo importante. De alguna manera, hoy está dándose un cierto tipo de organización en el ámbito comunal, y también algunas temáticas que han dado origen a un sujeto distinto. Entonces, se trata de que los funcionarios del Estado puedan mirar qué es lo que está ocurriendo; mirar las cosas no solamente en la perspectiva de lo que estamos construyendo desde el aparato institucional, sino de lo que está ocurriendo afuera. No veo en el gobierno, ni tampoco en el pensamiento político partidario, una evaluación de lo que está ocurriendo con la gente; con eso que llamaban “la gente”. No siento un reconocimiento de las cosas que están sucediendo en el movimiento social.

Es una letanía escuchar que los jóvenes no quieren hacer política. Yo hago clases en sectores de clase media baja, y simplemente no veo ese tal pesimismo que se señala. Creo que lo que tienen los jóvenes es un gran vacío, una gran distorsión de la realidad, porque se ha hecho esta muestra edulcorante — como decía Salazar— de la política de los últimos años. No hay un discurso crítico en relación con lo que sucedió y lo que ocurre hoy día; pareciera ser que la Concertación representa la meta máxima de lo que puede ser una nueva sociedad. Y no lo es. No lo es no porque yo lo diga y no quiera que lo sea, sino porque es Estado. No es la sociedad civil la que está manifestando hoy día cuál es el cambio social que quiere o cómo se va a desarrollar esa sociedad distinta. No podemos *intentar* o *querer* desde el Estado. Los políticos, muchos respetables y respetados aún, no son los llamados a decir cuál es la sociedad distinta que estamos construyendo. Lo que se hace en el Estado es administrar la política, entregar una forma de democracia burocratizada. Pero verdadera participación de la sociedad civil, más allá de la letra escrita, no la hay.

Esta mañana hubo una interpretación de la democracia según la cual no tenemos democracia, ni dictadura, ni transición. Entonces, en qué estamos. De qué tipo es esta democracia. Gabriel Salazar planteaba que quizá estamos trasladándonos de la primera democratización a la segunda democratización más difícil. ¿Estamos en tierra de nadie, entonces?

Es cierto que la gente está menos apática de lo que uno piensa. El problema es que no hay espacios donde la gente pueda participar, está como a la espera de algo. A lo mejor tendríamos que tomarnos algunos espacios, y estamos como cansados, o tal vez desilusionados de esta democracia, sin mucha

fuerza para tomarnos estos espacios. Pero los jóvenes están ahí, quieren hacer cosas. De repente no saben, o bien hacen cosas y nosotros, los más adultos, no los entendemos. No los entendemos porque son distintos, porque están en otra posición, en otra realidad. Quizá hacen cosas con las que no estamos de acuerdo, pero las están haciendo, se están creando.

Entonces, mi pregunta es, dónde estamos, si no estamos en democracia, no estamos en dictadura y no estamos en una transición.

Marco Ruiz, Movimiento Unificado de Minorías Sexuales (MUMS)

Me interpreta mucho lo que planteaba Gabriel Salazar, en el sentido de cómo se hace hoy día un proceso de democratización, y sobre qué bases. Porque yo trabajo en uno de esos temas emergentes de los que se hablaba: la homosexualidad. Hoy estos sujetos de tercera categoría están reconocidos, están interpretados, recogidos desde un modelo de mercado. Entonces, cuando uno participa en esferas de gobierno, le dicen: "Bueno, pero ustedes están llenos de discotecas en el Barrio Bellavista; ya no se los llevan presos por andar mariconeando por ahí por la calle. Están representados en el gobierno, tienen espacios en medios de comunicación..." Y claro: estamos en la tele, estamos en la prensa. Pero en qué medida se reconoce este lugar, este aporte de construcción... Como decía Pedro Lemebel en su libro, ninguno de los de la izquierda, ni de los que están hoy día en el gobierno, se preocuparon de la voz amariconada en las calles, en la Alameda, gritando "¡Y va a caer!" Sin embargo, hoy día hasta éstos se esconden y se ponen letreros: "Perdón, pero yo soy heterosexual".

Entonces, uno empieza a pensar qué tipo de democracia queremos construir, o cuál es la democracia que hemos construido en estos diez años, y qué espacio hay en ella para estos movimientos emergentes. Porque el movimiento homosexual en Chile es bastante incipiente y está bastante en pañales en comparación con los de otros países. No podríamos compararnos con el modelo yanqui, con los movimientos gay, el *gay power*, que también está sustentado desde un modelo económico. La realidad latinoamericana tiene que ver con otra cosa. En Ecuador, en Brasil mueren diariamente dos o tres homosexuales en la calle, impunemente, y Chile va para allá. Recordemos que hace un mes no más, una compañera travesti fue ultimada en la Panamericana, y nunca nadie supo nada del suceso.

Yo no sé si ustedes manejan este tema, el de cómo se han ido incorporando estos movimientos emergentes, y además desde este lugar que provoca cosas, sobre todo a los hombres. Pero igual, ahí estamos. Y creo que el lugar que hemos construido durante este período es de legítimo derecho. Nosotros postergamos mucho en la dictadura; nos amarramos las trenzas, nos sacamos el rouge, escondimos los tacos, y estuvimos ahí. Y hoy día hemos estado queriendo ocupar un espacio, pero este espacio de democracia también es complicado. Porque quienes estamos hoy día también tenemos vicios de una práctica política antigua. Cuando uno mira —no lo digo en términos peyorativos— a las mariquitas de hoy día, lo único que quieren es producirse, facha y discoteca. Y uno se pregunta: cómo lo hacemos... Porque igual dicen: "Ya están aquí las izquierdosas, ladrillos..." Y uno dice: cómo producimos, cómo somos más creativos, porque se supone que las maricas somos más creativas, ¿no? Pero nos cuesta, nos cuesta decir cómo armamos este cuento para meter a esta gente en un proceso de reconocerse sujeto, de reconocerse ciudadano, de instalarse y reclamar lo que les pertenece por derecho propio.

Javier Gutiérrez, SUR Talca

En Talca hemos tenido la suerte de tener al profesor Salazar varias veces, y siempre nos provoca. Nos deja a veces angustiados, a veces felices, pero siempre pensando. Y lo que hemos conversado allá con él, y lo que hemos conversado entre nosotros y con otras regiones en torno a estos temas, nos hace pensar que existe una sociedad que está escondida en Chile. Es una sociedad donde se manifiesta una gran cantidad de energía social. Y pienso que la gran o una de las importantes misiones que tenemos las instituciones que pretendemos ser ONG, es justamente saber interpretar, saber entender lo que pasa en la sociedad y en sus rincones más recónditos; y a partir de eso, devolver nuestra interpretación a la misma acción de las personas, para potenciarlas. Es un trabajo muy de hormigas, que requiere hoy día abrir muchos espacios; implica tener la capacidad de salir afuera, conversar, dialogar, buscar, continuar por todos los rincones recogiendo elementos, historia, letra de los hip-hop, y poner todo eso en la perspectiva de la gente misma, para apoyar la construcción de esta sociedad que todos los días se está construyendo y reconstruyendo, allá abajo.

Yo no sé si el problema de la democracia es un problema del gobierno. Al parecer, estamos exigiéndole al gobierno que nos dé una democracia; y exigiéndoles a todos los que ayer estuvieron en las ONG y hoy día están en el gobierno, que hagan la democracia. Me da la impresión de que lo que sucedió con la dictadura es algo extraordinariamente grueso, que atraviesa la sociedad y que dejó a la sociedad civil y a los movimientos sociales también burocratizados. Habría que hacer un esfuerzo muy grande por democratizar lo que hoy día llamamos sociedad civil; por armar una democracia no tanto sobre la base de —por ejemplo— el papel de la municipalidad o los sindicatos, sino sustentada en ciudadanos que sean capaces de expresarse. No tiene por qué ser la de antes. Yo creo que hoy día hay grandes ganas de conversar, muchas ganas de hacer una democracia al estilo nuestro, con los problemas que tenemos, con los respetos y con los miedos —que se van perdiendo— a lo que fue la dictadura. Y también con los miedos que les vamos teniendo a aquellos compañeros que hoy día soy dueños de los bancos, subsecretarios de Economía o presidentes de alguna gran empresa. Esa información que nos permite discutir con los que fueron de SUR, también nos da la posibilidad de armar una democracia que es responsabilidad de nosotros. Creo que ésa es una de las funciones que hoy día tienen las ONG: armar ciudadanos, dar las posibilidades para que se construya democracia desde abajo; democracias que peleen, pero no una democracia para estar al servicio de la participación con respecto al Estado o al gobierno.

Sergio Micco

Yo no he venido en representación de ningún partido político, ni siquiera de los jóvenes. Pero sí quiero ser muy claro en una cosa: entre mis cosas positivas está el no haber tenido cargos de gobierno durante doce años, lo que crecientemente es una cosa positiva. Y me autoflagelo diciendo que soy democratacristiano, porque me doy cuenta de que eso no es muy popular hoy en día; no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que eso es particularmente cierto en este ambiente, ¿verdad? Simplemente quiero plantear algunas ideas. Hablo así porque me gusta ser provocador.

Quiero hacer estas críticas desde lo que hemos sido, desde lo que somos y desde lo que queremos ser. Para serles franco, me encantaría pensar que aburrimos con la apelación continua al pasado, pues lo que veo en nuestro país es una horrorosa ausencia de memoria o recuerdos. No queremos hablar del pasado. Tan sólo un antecedente: según la encuesta del PNUD, el 66 por ciento de los chilenos no quiere hablar del pasado, porque el pasado divide. Y yo quiero ser un militante de la memoria. Yo no

quiero que en Chile se olvide lo que hemos vivido, ni en los ochenta ni en los sesenta ni en el treinta ni en 1810.

Yo soy militante de un partido político y mi batalla es por democratizar el Estado, por que el Estado esté al servicio de la gente. Para serles francos, me irrita el discurso de la sociedad civil en contra del Estado, y que los partidos políticos son los malos. Creo que el Estado es el gran instrumento que hemos utilizado para democratizar la sociedad chilena, y a mí me gustaría un Estado mucho más fuerte del que tenemos hoy día, muchísimo más fuerte. Y cada vez que puedo les hago un homenaje a los funcionarios públicos chilenos, que son la mitad de los que hay en muchos países de América Latina y en muchas partes hacen el doble; incluso los carabineros, que ganan 80 mil pesos mensuales, y a veces 60 mil pesos. Ahora estoy siendo provocador de la derecha.

Me parece muy bueno el discurso de la sociedad civil. Yo partí en la política como presidente de una Federación de Estudiantes, hoy estoy en una ONG, pero también conozco las miserias de la sociedad civil, como conozco las miserias del Estado y las miserias de los partidos políticos. Entiendo la democracia y el poder político como la capacidad de actuar en conjunto, generando poder. Lo que pediría realmente, si queremos un nuevo impulso en este proceso de democratización, es no caer en el discurso de ver en el Estado y en la política, en los partidos, a un enemigo; tampoco un amigo, sino un espacio por reconquistar. Hasta el día de hoy enseñé esto a todos mis alumnos: los partidos políticos tienen un nefasto monopolio, pues es un hecho que ellos son los que ponen los candidatos a todos los cargos de representación popular. Y si no entramos ahí, vamos a seguir teniendo un déficit muy fuerte. Estoy haciendo un juicio empírico, describiendo la realidad. Me puede gustar o no, pero eso es así. Y lo mismo con respecto al Estado. Hacer las críticas desde lo que hemos sido, y desde lo que por lo menos yo soy, me parece que es un acto de autenticidad y fuerza.

Segunda reflexión: yo creo que tenemos democracia. No comparto lo dicho en el sentido de que no hay democracia ni dictadura ni transición. Creo que debemos valorar todo lo que hemos hecho. No soporto cuando, comparando con lo que éramos el año 88, 86, 83, mis alumnos universitarios me salen con que estamos en lo mismo. No, ésa es una tremenda mentira. Acá hay espacios públicos de participación, de diversidad, de decir lo que uno opina. Hay libertades políticas, sin duda alguna. Tampoco idealizo a los jóvenes, como “estos jóvenes idealistas que ven que las formas tradicionales de la política y los partidos políticos y el Estado son formas burocratizadas”, y todo eso. Ésa es una parte de la juventud; pero hay otra enorme cantidad de jóvenes, que todas las encuestas de opinión nos están mostrando y que uno ve en la práctica, que están extremadamente desideologizados, individualistas. Que entienden que hacer universidad es sacar rápido la carrera, para insertarse en ciertos círculos, que incluso se meten a movimientos religiosos para el ascenso social. Eso está estudiado también. Es un feo rostro de la juventud que también tenemos que señalar con mucha fuerza. ¿Y es culpa de quién? ¿De los padres, de los abuelos, de la transición? Es como si nosotros, en los setenta o en los ochenta, nos hubiésemos dedicado a estarle echando la culpa a los viejos del 73, que por no ponerse de acuerdo nos condujeron a la dictadura. Yo apuesto a nuevas generaciones, derechamente. Mi apuesta es a la generación del bicentenario, los muchachos que al 2010 van a estar cumpliendo los treinta años. Espero que ahí entre aire fresco. Pero sin paternalismos ni haciéndoles ‘nanai’, porque veo que hay mucho individualismo, hay mucha privatización, hay mucho desprecio por lo público. ¿Que la culpa es de los medios de comunicación social, que es la ideología de ambiente? Por supuesto. Pero por eso hay que pelear.

Al compañero que reivindicó los nuevos temas emergentes: yo no sé si es políticamente correcto hablar de homosexualidad —creo que él utilizó el término—, pero eso era inimaginable veinte años atrás. Lo que veo yo acá es que estamos viviendo una crisis creciente, que ha significado la sepultura de los movimientos progresistas norteamericanos. Y mi crítica a Gabriel —con todo respeto: él es el maestro y

no me da para discípulo, porque leerlo además es bastante arduo y no he sido alumno de él— es “cuidado con mezclar las agendas materialistas en política con las pos-materialistas”. Porque cuando un país tiene 5 mil dólares per cápita anuales, y todas las encuestas muestran que la razón principal de discriminación es la socioeconómica, se empiezan a producir sobrecargas de las agendas políticas si además se les incorporan las agendas pos-materialistas: la agenda de las minorías sexuales, de las minorías étnicas, etcétera. Esto que estoy diciendo es hartito conservador, pero creo que tenemos que dialogar y debatir la agenda medioambiental, porque se empieza a producir una sobrecarga y nos empezamos a dividir entre nosotros. Y la sepultura del movimiento socialdemócrata norteamericano —vean a Richard Rorty, *Forjar la nación*— se da desde el momento en que hay una izquierda cultural que se separa de la izquierda social política reformista. Lo pongo como prevención.

¿Cómo logramos, entonces, conciliar la demanda de cambio cultural con la demanda de cambios socioeconómicos y no ponerlas como antagonistas? Porque si no lo hacemos, nos empezamos a refocilar en los temas de las demandas culturales, y nos olvidamos de que la principal razón de la discriminación hoy día en Chile sigue siendo socioeconómica, donde se implica la clasista, con la racial, con la étnica.

Es pesado lo que estoy diciendo, pero creo que es mi deber, como crítico, dar a conocer también ese tema. No estoy diciendo que no haya que hacer la demanda cultural. Lo que estoy diciendo es “cuidado con la forma en que conciliamos las demandas”. Porque, a mi entender, la gran batalla de Chile es cómo democratizamos los partidos políticos, los cuales siempre plantearon que vía el sistema político íbamos a democratizar la economía. Cómo logramos democratizar y recuperar un Estado más fuerte, que haga la distribución económica como hoy se requiere. Cómo logramos un Estado que haga lo que hizo la Corfo en los años cuarenta y cincuenta, para que realmente haya crecimiento económico y ese crecimiento económico esté al servicio de muchos y no de unos pocos. Porque si no, lo que temo es la división de las distintas demandas en un pluralismo tan caótico, que la sociedad civil se fragmente y no llegue a tener una demanda capaz de enfrentar los enormes poderes que están en contra de la democracia sustantiva, o de una mayor igualdad.

Gabriel Salazar

En otro tiempo, tal vez en los años cincuenta, sesenta, setenta, muchos de nosotros nos preocupábamos de hacer un tipo de análisis que en esa época se llamaba ‘caracterización de la coyuntura’ o ‘caracterización del período’ —como quien dice: qué período estamos viviendo para saber qué hacemos—. Éste es un ejercicio que hoy día tiende a perderse. Ya no se hacen estudios de coyuntura en el sentido de caracterización del período. Los años sesenta, decíamos, es un período pre-revolucionario. Hoy día no sabemos, porque no hacemos el ejercicio. Si lo hiciéramos —porque se está haciendo en algunas partes—, podríamos decir lo siguiente: desde la crisis de 1982 —que es probablemente la crisis más grande del siglo veinte, más importante aún que la del año 30—, entramos en un período tal que la polarización ya no es Este-Oeste, ya no es Norte-Sur, sino globalización versus localidad. Por un lado, asociaciones, redes sociales que operan en lo local, tribus urbanas, tribus rurales; y por el otro, globalización.

Mientras más se polariza nuestro mundo —y hay que ver cómo los gobiernos insisten en la globalización, cuánto se lucha en Chile por entrar al Nafta, al mercado del sudeste asiático, al Mercosur, a la Comunidad Europea—, más incorporamos la globalidad como la cuestión más importante del norte político de nuestro país. Entonces, la categoría descriptiva o interpretativa más importante que nos

aplicamos es cuál es el nivel de competitividad, la capacidad competitiva del país en este mercado internacional, en esta globalidad en la cual queremos insertarnos. Y cuando hacemos eso, no estamos calificando sólo la capacidad productiva de las empresas, sino la capacidad del Estado para integrarse a la globalidad; estamos calificando la educación según la medida en que va enseñando a los niños a integrarse a la globalidad, vía internet, por ejemplo. Y por qué digo esto: porque estos mismos diagnósticos del período que estamos viviendo, señalan que nos encontramos en el inicio de un período de debilitamiento y deterioro progresivo, tal vez irreversible, de los estados nacionales. Mientras más hablamos de mercado, mientras más hablamos de globalización, mientras más hablamos de apertura del mercado nacional, de capacidad competitiva en el mercado internacional, de integración de la gran empresa, de inversión extranjera en Chile, más débil y menos sentido tiene el Estado nacional. Porque el Estado chileno hoy día será burocrático, pero no tiene proyecto país. Nadie habla de desarrollo nacional, se habla de desarrollo local. Si se habla de democratización participativa, no es a nivel de país, es a nivel de localidad, y para los pobres especialmente, para desarrollar programas de modernización de su infraestructura urbana.

Creo que éste es un tema capital: el progresivo debilitamiento de los estados nacionales. Yo digo que va a desaparecer el Estado nacional, digo que va perdiendo funciones históricas relevantes mientras más nos integramos a la globalización. Los llamados ajustes estructurales a escala mundial han creado eso. Toda la revolución pinochetista, desde que agarró vuelo neoliberal a partir del 75, hacía eso. La Concertación no ha cambiado un ápice esa cuestión. Entonces, el punto es: si vamos a democratizar, ¿tenemos que hacerlo desde el Estado nacional, para el Estado nacional, con referencia al Estado nacional? Tenemos derecho a hacernos la pregunta, cuando menos. Por eso decía hace un rato que la nueva democratización, o la democratización tipo B, a lo mejor no necesita *tanto* del Estado nacional; porque a lo mejor necesitamos, en el ámbito local, a los grupos locales, las organizaciones sociales locales, las ONG locales, los sistemas de educación local; coordinarnos o enredarnos horizontalmente, pero operando de inmediato con la globalización, saltándonos el Estado nacional.

Si uno examina los nuevos movimientos sociales; si examina, por ejemplo, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, ve que ha desarrollado sus poderes locales en toda la extensión imaginable —en lo económico, cultural, financiero, comercial, industrial, educacional— y dialoga directamente con la globalidad: con bancos, con agencias, con estados. La tendencia de los nuevos movimientos sociales es prescindir del Estado y chantajear al Estado. Eso obedece a la tendencia actual de que el poder no está en un lugar central, no está en el Estado. El poder es categoría de la asociatividad ciudadana. O, para ponerlo en otros términos, de —cómo decía Aristóteles—, la amistad; o —como decían los cristianos que creían en el humanismo—, de esta asociación corporativa que da la comunidad. El poder hoy día es categoría de la asociatividad; no es categoría de la ley, no es categoría de las armas, no es categoría del Estado.

En este contexto, uno comienza a preguntarse qué sentido tiene democratizar desde un Estado nacional, que está navegando como puede en la globalización. Creo que eso conduce a una cantidad de conclusiones.

Por otro lado, he observado que aquí se ha mencionado varias veces a O'Donnell. Quién es O'Donnell. Es un teórico de la transición por arriba: cómo desde un Estado autoritario pasamos a un Estado democrático, sin perder el hueso autoritario. Pero no se ha mencionado, porque no hay, a teóricos de la transición por abajo, de la transición ciudadana. Y cuando hay silencios en el espacio público, en el espacio de lo político, en el espacio aledaño al Estado, es casi seguro que el síntoma se refiere a que hay una transición por abajo. Las transiciones por abajo no son públicas, no son visibles, no actúan en el espacio público. Trabajan en el espacio privado, en el espacio comunitario, en las redes sociales

grupales de lo local. Trabajan dentro de uno, son subjetivas, intersubjetivas. En Chile no tenemos teorías de las transiciones por abajo: es nuestra gran falencia, creo yo, para trabajar hacia delante. Todas las teorías se refieren a las otras transiciones. Recién estamos descubriendo cosas ahí, especialmente con relación a los jóvenes.

Hay que tener presente que los movimientos sociales a veces van sobre el espacio público, marchando por la Alameda, con pancartas, frente al Estado, de todas maneras yendo hacia el Estado; pero hay movimientos sociales que simplemente no van hacia el Estado. Se quedan en las poblaciones. Y creo que no tenemos lentes para leer estos procesos, porque toda la teoría se fue por otro lado; los intelectuales por otro lado, la educación por otro lado, la política por otro lado.

Yo soy tan militante de la memoria como Sergio, pero, al contrario de él, creo que nunca antes en la historia de Chile se ha acumulado tanta memoria social en la gente. En la gente: no digo en el espacio público, no digo en la política, no digo en la educación: en la gente. Los más viejos vivieron toda la coyuntura de los sesenta, hasta hoy: revolución en libertad de Frei, revolución con vino tinto de Allende, revolución destructiva de Pinochet, revolución neoliberal de Pinochet otra vez, consolidación administrativa del neoliberalismo con la Concertación. Son cinco experiencias históricas traumáticas profundas en menos de una generación. Y todo está metido dentro de la memoria social; los recuerdos de todo eso están vivos, no sólo de los derechos humanos violados. Y los muchachos que lucharon en los ochenta en las calles tienen su memoria viva. Los que se desilusionaron del 92 para adelante tienen su memoria viva. Nunca antes en Chile se acumuló tanta memoria social como hoy. Eso lo sabemos los historiadores, y es un dato tremendamente importante. Comparémoslo con los años sesenta, de qué estaba configurada la memoria de los jóvenes: Mao Zedong, Lenin, Trotsky, y libros, libros, libros. Hoy día no leen, no citan a nadie, se citan a ellos mismos, se cantan a ellos mismos. Las letras de los raperos, de los hip-hoperos, es su lenguaje, su experiencia, su frustración, su rabia.

Qué quiero decir con eso: que hoy día, para usar un término epistemológico y ponernos elegantes, la gente está operando con un criterio de verdad propia, que es *su* memoria, *su* experiencia. Por eso todos los otros criterios son pálidos, son débiles y no se creen: no están 'ni ahí' con ellos. No le creen mucho a la ciencia: si no, que lo digan todos los profesores de sectores populares, donde ha golpeado más fuerte la experiencia. No le creen a los políticos —eso es de perogrullo—; no le creen mucho, a pesar de todo, a la televisión, etcétera. Entonces, hay aquí un criterio de verdad que no está actuando como criterio para escribir libros; está actuando para definir actitudes, para definir conductas. Está presidiendo los procesos de construcción de identidad, que son procesos que van por dentro, que son subjetivos, son silenciosos. Muchas veces la gente tiene miedo de hablar en público, porque no sabe qué registro utilizar. Sergio comenzó muy bien: "voy a hablar en subjetivo: no dormí anoche, el hijo me metió un pie en el ojo..." Fantástico, yo creo que ése es el tono de esta conversación— y así se me planteó cuando me invitaron a participar—, no el académico. Estamos operando con un registro que emana de la experiencia, de la memoria; un criterio que está por dentro de la gente. Pero no estamos acostumbrados a usar eso como fuente de opinión, como deliberación, como sistema de conceptualización, como base de decisión, como fundamento de rebelión.

Aquí es donde los historiadores dicen que estamos viviendo una transición por abajo, donde el proceso central es la reconstrucción de las identidades subjetivas en un contexto intersubjetivo. Y esto es nuevo en nuestro país, y se trata de procesos que son lentos. Desgraciadamente son muy lentos. Si uno revisa la historia de Chile con esta perspectiva, encuentra que ha habido varios procesos de este tipo, y curiosamente siempre son victoriosos. Las transiciones socioculturales, que la juventud siempre agarra primero que nadie y luego re proyecta, siempre triunfan en la historia en el largo plazo, pese a que pierden todos los combates político-militares. Estamos tan acostumbrados a leer la realidad en función

de la política y lo militar, que es lo visible, que se nos escapan estos procesos socioculturales que son invisibles, y donde hemos obtenido victorias sensacionales. Creo que estamos viviendo una etapa en que todos nosotros estamos pasando de la sistematización de nuestra memoria a la definición de actitudes, a la definición de opiniones, y estamos enredándonos en eso. Estudiemos a los jóvenes por dentro, y veremos cuánta democracia hay por dentro de esas formas asociativas nuevas; cuán distinta es esa forma asociativa democrática al interior de un grupo de raperos, comparado con nuestras cédulas militantes de los años sesenta; cuánta democracia hay ahí en ciernes, que ellos no han traducido en proposición política. En los grupos de mujeres en las poblaciones, que son las que más se han desarrollado como ciudadanos en este país, como nuevos tipos de ciudadanos, como en tantos otros grupos, tenemos un proceso en marcha todavía soterrado, todavía oculto, todavía metido dentro de la identidad; un proceso metido en la búsqueda de un lenguaje que todavía no es político, pero que es una transición por abajo a la que hay que tenerle mucho respeto, porque esas transiciones siguen sus propias leyes, como quiera que sea el proceso que va por arriba. Los que fueron derrotados por Portales y Manuel Montt —los pipiolos entre el 29 y 51— triunfaron después del 60; y no triunfaron ellos como personas: triunfaron sus ideas, las tendencias.

Hay mucho que decir a este respecto. Quisiera terminar señalando que desgraciadamente las transiciones por abajo no tienen teóricos, tampoco tienen políticos. Y a lo mejor no necesitan ni una cosa ni otra, porque son procesos culturales; y la cultura, la verdadera cultura, se nutre de estos procesos de construcción de identidad y de reformulación de la memoria. Y ése es un fundamento sólido que todos los emergentes teóricos de los nuevos movimientos sociales consideran fundamental en los procesos que llevan a democratizaciones más profundas que las democratizaciones fáciles.